

EL DENGUE, salud y conocimiento científico mirado por otros ojos

Gabriel Calixto

IINN – IPA – IFD San Ramón

Pholcus es una araña patona que vive hace 2 meses en el salón de primero, en realidad nació en otro salón pero se tuvo que mudar pues difícilmente podría quedarse en el mismo rincón del techo que habitaba su madre, por lo cual, luego de varias mudas de exoesqueleto y siendo una sub-adulta, no tuvo más remedio que buscar su propio territorio.

Ese salón era ideal, alto, no entraba mucha luz contra el techo pues las ventanas estaban a la altura de los humanos, dejando en penumbras incluso de día, el rinconcito que marcaba el encuentro entre la pared del pizarrón, la que daba al patio con ventanas y el techo.

Como lo hacía su madre siempre se ponía lo más cerca del vértice, tratando de protegerse sobre los últimos ladrillos, ya que en ocasiones los humanos pasaban palos con plumas o pajas con los cuales destrozaban las estructuras de seda, que tanto les costaba hacer, pues aunque para ellos se trataba solamente de telas sin formas y puestas al azar, la efectiva trampa para atrapar insectos debía ser elaborada minuciosamente, tal y como su intuición evolutiva le marcaba a sus hileras y a sus delgadas y largas patas posteriores. Aunque Pholcus casi no recordaba a los humanos, porque los últimos que había visto, eran dos grandotes que habían cambiado el pizarrón, no sin hacer mucho ruido y llenándole de polvo su tela y otro que vino el mismo día con los palos coronados de plumas y pajas, con los que refregó pisos y paredes y se llevó su primer tela, una obra maestra, pero que había quedado llena de polvo y además le dio la oportunidad de hacer otra más tupida.

Todo transcurría tranquilo para Pholcus, la temperatura era elevada, abundaban los mosquitos, tan tontos como sabrosos, ya que daban vueltas y vueltas por la habitación hasta que tarde o temprano quedaban adheridos a su hilos pegajosos, lo cual le aseguraba un sustento más que apropiado; incluso estaba perdiendo su fina línea... Mientras elegía a cuál de los incautos dípteros le inyectaría su ponzoña con enzimas digestivas, entraron al salón 3 o 4 personas con baldes, trapos, los palos antes mencionados y cilindros que no paraban de rociar nubes de productos químicos para todos lados. Mareada se aferró a una pequeña saliente del techo hasta que todo el alboroto pareció terminar, tan solo quedando ese horrible olor fuerte y restos de otra tela destrozada.

La construcción de la nueva telaraña no fue tan sencilla pues el dolor de cefalotórax le duró dos días, aunque mucho no importaba pues los mosquitos tardaron ese tiempo en volver a entrar, ya que a ellos tampoco les gustaba el fuerte olor de los cilindros, incluso comerse uno después de haber estado en contacto con esa niebla era imposible, les quedaba un sabor asqueroso, tal vez les hacía echar a perder la quitina o algo así.

Una mañana, cuando todo parecía ir volviendo a la normalidad, se abrió la puerta y comenzaron a ingresar más humanos de los que había visto en toda su vida, una grande como los anteriores y muchos pequeños; bueno, pequeños si los comparamos con los de su especie porque en realidad eran unos monstruos gigantescos del mismo color, solo se diferenciaban por su estatura y color de cabeza. Pholcus comenzó a pensar que deberían ser gigantes parientes de los mosquitos pero en un raro estadio larvario en el cual aún no se les diferenciaban las alas ni el abdomen del tronco, pero sí se podían ver sus antiestéticas cabezas. Esa podría ser la explicación de su raro comportamiento frente a sus telas, algo así como una venganza por sus parientes, aunque con las nubes también mataban a los mosquitos y otros insectos; y no tenían antenas... También podría ser envidia frente a su funcional y compacto cefalotórax...

Frente a todas estas dudas decidió comenzar a observar mejor lo que hacían los humanos, día a día entraban, estaban la mayoría de ellos sentados en los mismos lugares, la más grande en general se la pasaba debajo de ella ensuciando y limpiando el pizarrón, aunque a veces pasaba alguno de los chicos al frente, pero siempre los que se quedaban sentados hacían algo similar en unos paquetes de láminas delgadas, de su mismo color, pero que seguramente eran más difíciles de limpiar porque en lugar de hacerlo, cuando terminaban de ensuciar una, la daban vuelta y continuaban con la otra.

Cada día que pasaba estaba más convencida que aquellos animales eran parte de la megafauna que debió haber dado lugar a los insectos, pues su comportamiento era muy similar al de las hormigas y las abejas, ambas grandes y agresivas para poder comerlas, pero que siempre andan en grupos y tienen horarios para salir a buscar comida y ordenar sus moradas. Esto lo sabía pues en ocasiones bajaba a la ventana y observaba un hormiguero que había en el patio y una colmena que se había instalado en el caño del desagüe, antes que llegaran los humanos, pues la última vez que miró, aprovechando que los humanos se pasaron dos días sin aparecer, ya no divisó ni hormigas ni abejas.

El comportamiento de esos animales era un tanto monótono pero fascinante... hasta se le había ocurrido a Pholcus que la forma como ensuciaban el pizarrón no era azarosa, quizás hasta tenía algún significado, lo cual la impulsaba a transgredir cada vez más el espacio delimitado por su tela, pues para ver lo que allí hacían tenía que alejarse de la pared del pizarrón, por lo menos un metro y si realmente quería apreciar debía caminar casi hasta la mitad de la pared que daba al patio, siempre contra el techo.

Con el transcurso de los días Pholcus se animaba cada vez más a desplazarse por las paredes del salón en presencia de los humanos, sobre todo porque evidenciaban tener muy poco desarrollado el sentido del oído, ya que era muy común que la de mayor porte se comunicara con los menores mediante unos gritos que le dejaba los pelos de los palpos de punta. Además, la semana anterior, mientras se dirigía a sentarse en su ladrillo preferido, desde donde se veía perfectamente el pizarrón, se tropezó con un panadero que había entrado por la ventana y quedó colgada de su tela a pocos centímetros de la cabeza de uno de ellos. A pesar del estruendo que hizo nadie la escuchó. Lo que pudo ser un desafortunado accidente le aportó nuevos datos, ya que estando mucho más cerca

de las láminas de ese juvenil le pareció ver que allí se encontraban manchas y garabatos similares a los que hacía la mayor en el pizarrón, lo cual reforzó su teoría de parentesco con los insectos sociales.

Cada vez estaba más convencida que esos animales eran muy inteligentes, incluso en ocasiones los garabatos que hacían en el pizarrón se parecían a las abejas, a ellos y hasta un día uno de los juveniles plasmó algo parecido a una araña, por supuesto que con un regordete abdomen con patas que salían de él y sin pedipalpos, pero era sorprendente que pudieran reproducirnos con sus técnicas. En ocasiones pensaba que si no tuvieran un crecimiento tan lento, pues en todas esas semanas no habían cambiado ni una vez de exoesqueleto, fueran tan sordos y fabricaran tela podrían dominar todos los rincones del mundo!!!

Las semanas se convirtieron en meses y Pholcus cada vez estaba más absorta en sus observaciones y cavilaciones ya que eran más las preguntas que surgían del conocimiento de esos animales que las respuestas, incluso estaba muy flaca pues hacía frío y escaseaban los deliciosos mosquitos que muchas veces dejó escapar por no estar en su tela cuando caían o dejarlos secarse sin darles un bocado, tan solo por repasar una y otra vez sus pensamientos. Pero por suerte siempre había algún veranillo que engañaba a los mosquitos y la abastecía de presas, aunque eso no le hacía perder el sueño, ya que justamente uno de esos veranillos ocurrió cuando hacía casi 10 días que no se aparecían los humanos y eso sí era raro...

Eran tantas las preguntas! ¿Por qué vienen 5 días seguidos y después desaparecen 2? ¿Por qué están media hora afuera del salón corriéndose entre ellos en el patio? ¿será una práctica de cacería? ¿Por qué la madura elige algunos que no salen en esa media hora? Sobre todo uno que tiene amarillo en la cabeza. Pero lo que más le quitaba el sueño era comprobar su hipótesis máxima: los juveniles pueden reproducir en sus láminas delgadas lo que la mayor hace en el pizarrón, estaba casi segura de eso, el único problema era que por más que contaba con ocho ojos, su visión no le permitía ver claramente lo que hacían en esas hojas (les llamaba así porque eran delgadas como las hojas de los árboles que estaban en el patio), pues era mucho más chico lo trazado allí que en el pizarrón.

Ya sabía que los humanos que venían de mañana no eran los mismos que los de la tarde; también que parecían tener diferenciación sexual por más que no creía que fueran adultos, ya que los machos tenían botones en la parte ventral mientras que las hembras los tenían en su porción dorsal, aunque la desconcertaba que fueran de tamaño tan similar, incluso había machos un poco más grande que las hembras igual que las arañas de las dunas de las que había escuchado hablar; por otra parte había descartado que la mayor fuera la madre de los juveniles pues era poco probable que pudiera hacer una ooteca tan grande, máxime si pensamos que no construyen tela...

Esas y muchas otras cuestiones eran lo que mantenía el desvelo en Pholcus y a su vez le daba significado a su vida, pero todo ello se había perdido pues hacía 10 días que no

aparecían y allí recordó que en toda su vida juvenil y primeros meses de independencia no habían aparecido por allí, por lo cual lo más sensato era pensar que los humanos eran una especie migratoria y tal vez volverían en unos meses muy cambiados, o podrían volver otros al ser una zona de cría y aprendizaje para la cacería.

A los pocos días esas hipótesis cayeron al ver entrar los mismos humanos, prácticamente de igual de tamaño. Lo cual significaba un nuevo reto y la posibilidad de continuar aprendiendo, porque nunca terminaban de sorprenderla.

Todo volvió a la normalidad, antes que entraran en la mañana los humanos Pholcus ya estaba apostada en su ladrillo para no perderse detalle. Los días continuaron y con ellos nuevas sorpresas como la vez que los vio fabricar insectos como mariposas con hojas de colores utilizando utensilios de metal, lo cual evidenciaba un nivel de abstracción y manejo de los materiales mayor al que jamás había imaginado.

La mayor sorpresa se la llevó cuando en el grupo de observación II (así le llamaba al de la tarde) la humana grande desplegó una hoja enorme y la pegó en el pizarrón. En ella había un dibujo gigante de un delicioso mosquito!!!

Pholcus no podía leer que se trataba de un dibujo del *Aedes aegypties*, ni que en el afiche se incluían recomendaciones para evitar su reproducción y así la transmisión de una enfermedad llamada dengue, pero lo que sí pudo percibir, gracias a la intuición y desarrollada capacidad de interpretar sus observaciones a cerca de la conducta humana, era que el comportamiento de los menores frente a aquel dibujo y las señas, rituales y gritos de la mayor, diferían de los habituales.

No sabía explicar muy bien cómo pero creía estar segura que la figura del delicioso mosquito, que a ella le había hecho llenar los quelíceros de enzimas digestivas, a los humanos les provocaba miedo, hipótesis que se transformó en una nueva y desconcertante interrogante: ¿cómo podían temerle esos animales tan grandes, gregarios, que manejaban herramientas y que demostraban ser tan eficaces para matar insectos a esos pequeños mosquitos?

Eran demasiadas las dudas, incontables las observaciones y muy pocas las constataciones que podía realizar, incluso se le vino a la mente una creencia de su madre, que Pholcus siempre había rechazado por falta de lógica y racionalidad, acerca de La Gran Araña que había tejido todos los rincones del mundo y los seres que lo pueblan, e ironizando consigo misma se dijo

– Bueno, sólo La Gran Araña sabrá por qué hizo a los humanos así-

Resistiéndose a ese súbito pensamiento arcaico, Pholcus comenzó a repasar hechos que la llevaran a una nueva línea de investigación; algo se le estaba escapando, no podía ser que todos esos meses de observaciones y registros, desvelos y hasta abstinencia, porque había corrido a todos los machos que pretendieron cortejarla ya que no había tiempo para un esfuerzo parental, fueran en vano.

De pronto notó algo en aquel afiche que alentó nuevas esperanzas; el mosquito dibujado era distinto a los que habitualmente se veían allí, hecho por demás significativo pues a los mosquitos comunes los humanos no les demostraban tanto miedo, a lo sumo los aplastaban con sus miembros superiores cuando se posaban en ellos, no sin antes gritar, porque si hay algo que saben hacer los humanos es gritar.

Ni cuenta se dio que los humanos se habían ido del salón y que se estaba haciendo de noche, hasta que sus intestinos le indicaron, casi como una súplica, que debía revisar su telaraña en busca de alimento. Al llegar a su rincón vio que tenía suerte; 3 presas frescas la estaban esperando. Una le llamó la atención al verla de cerca y se percató que era igual a la del dibujo que tanto había asustado a los humanos.

Mientras comía los otros dos dípteros pensaba si no le haría mal aquel mosquito manchado con pintas blancas en su cuerpo y patas, pero decidió que lo peor que podría pasar era quedarse con la duda, cosa que Pholcus en general no hacía, así que dejó por la mitad su segundo mosquito y sin pensarlo más se comió al manchado con la expectativa de lo que podría suceder.

Más allá de ser muy sabroso no pasó nada. Evidentemente solo les hacían mal a los humanos.

En esos días disfrutó de tres mosquitos raros más y se dio cuenta que ellos podrían ser la llave para cambiar las relaciones hostiles entre sus congéneres y los humanos. En realidad intentar sosegar las reacciones incomprensibles que despertaban en ellos nuestra presencia; sin ir más lejos, la semana pasada entró corriendo al salón una Lycosa y se armó un alboroto como si se los fuera a comer, incluso le tiraron por el abdomen la madera con la que limpian el pizarrón, una de las bolsas que se cuelgan en el dorso y no dejaron de gritar hasta que uno de los menores, el de cabeza amarilla, la aplastó con una de sus miembros inferiores.

Esta horrible escena la había hecho dudar de la inteligencia demostrada en otras conductas por los humanos. Evidentemente se trataba de una especie tan fascinante como impredecible y contradictoria. Pero si ella les demostraba que las arañas podían colaborar con ellos, eliminando a aquellos mosquitos que los tenían tan preocupados, tal vez esa hostilidad infundada e irracional se desvanecería. Aunque el recuerdo del destino que llevó la pobre Lycosa no alentaba la idea de contactarlos. La única esperanza era corroborar su hipótesis mayor: Los humanos aprenden e incluso pueden copiar los trazos que hace la mayor en el pizarrón.

Si es así, también ella podría enseñarles que las arañas no intentarían jamás comérselos ni hacerles daño porque sí nomás. Por el contrario, comemos muchos insectos, no solamente mosquitos, que sí pueden molestarlos o causarles temor mejor fundado. Por ejemplo las parientes peludas del campo comen toneladas de larvas de insectos que bien los dejarían sin plantas para comer o criar su comida. Eso se lo había contado una Porrmosa que había migrado del campo por un problema de alergia o algo así, debido según ella, a unas máquinas gigantes que usaban los humanos para envenenar la tierra.

Pholcus le había creído a medias en su momento, porque no podía concebir que si los humanos eran omnívoros y comían plantas que ellos mismos cultivaban, también envenenaran la tierra donde lo hacían. Hasta una arañita de dos mudas sabía que las plantas absorbían agua y nutrientes del suelo, por lo tanto era seguro que también incorporarían esos venenos.

-Se ve que la ciencia de los humanos es incipiente- pensó Pholcus

El timbre de la media hora le recordó que debía corroborar su hipótesis. Acompañada por la suerte, dos de los menores dejaron las hojas sin guardar en las bolsas y aprovechó que nadie se quedó en el salón. Bajó de un salto y con gran emoción comprobó con sus propios 4 pares de ojos que la menor de setas en la cabeza muy largas, había copiado en forma perfecta las figuras que la mayor hizo en el pizarrón.

-Eureka!!! Los humanos aprenden y lo hacen muy rápido- gritó Pholcus

En base a este fenomenal hallazgo, Pholcus podría poner al servicio de su suborden esos conocimientos, liberando a las arañas de las peligrosas patas superiores de los humanos, con las que lanzan objetos y de las inferiores con las que aplastan sin miramiento a los invertebrados que se les cruzan en el camino, al demostrarles que más vale araña viva y comiendo mosquitos, que muerta y mosquitos volando.

Toda la paciencia que Pholcus había demostrado durante el año, observando y registrando en su ganglio cerebral las actividades de sus 2 grupos de estudio, pareció dar paso a la ansiedad por aplicar rápidamente aquellos conocimientos y ser reconocida entre los suyos, como la araña que logró hacerle entender a los humanos que la colaboración interespecífica era tan posible como razonable para todos.

Fue así que sin muchos más cálculos, al primer mosquito raro que cayó en su telaraña le aplicó una cantidad menor de ponzoña y lo inmovilizó con su seda para poder transportarlo. Esperó sí al grupo de la tarde, pues la humana mayor se ponía dos vidrios frente a sus ojos, dicho sea de paso esa era otra rareza de los humanos porque solamente tenían dos ojos, los cuales quedaban desmesuradamente grandes a través de ellos, achicándose cuando se los quitaba, por lo tanto, con eso puesto podría distinguir la demostración que tenía pensada.

La suerte estaba de su lado porque ese día la humana colocó nuevamente el dibujo del mosquito en el pizarrón

-¡Es el momento ideal!- exclamó Pholcus

Pholcus caminó por el techo y se deslizó suavemente con un hilo de seda hasta quedar justo frente a los vidrios de la mayor; llevaba el mosquito para mostrárselo con sus patas delanteras y posteriormente devorarlo frente a sus ojos en forma lenta. Seguramente esto bastaría para que la mayor lo entendiera y lo reprodujera con trazos en el pizarrón; lo mismo harían los menores en sus hojas y así se multiplicaría ese conocimiento al resto de la población de humanos.

-Bueno, a lo sumo tendré que repetirlo en el grupo I- Se dijo Pholcus

Ya frente a los ojos que se veían enormes y aterradores a través de los vidrios, Pholcus tragó enzimas digestivas y le mostró el mosquito con el primer par de patas mientras con el segundo le señalaba el dibujo pegado en el pizarrón. Segura que la estaba viendo se aprestaba a comerse lentamente a su presa pero saboreando realmente el triunfo del saber y la colaboración, frente a la ignorancia y la agresión, del entendimiento y la razón, frente a la intolerancia y el misticismo.

Disfrutando de las mieles del triunfo (y del mosquito) estaba cuando se percató que los ojos comenzaron a cambiar de color, al ser suplantado el marrón por un círculo negro que se expandió rápidamente y en ese instante comprendió que recién la estaba viendo, la humana estaba haciendo foco en ella y como suelen hacer los humanos gritó, moviendo espasmódicamente sus miembros superiores con tal fuerza que lanzó a Pholcus sobre los montones de hojas de uno de los humanos menores, el cual sin dejar que se incorpore y por supuesto también gritando, la golpeó con otro montón de hojas, aunque por fortuna con mala puntería pues un golpe así podría haber significado el fin de Pholcus. En su lugar la lanzó contra la pared y cayó al piso, en tanto un tercer humano intentó aplastarla con una de sus patas inferiores, hecho que apenas pudo esquivar escondiéndose entre 2 ladrillos de la pared.

Pholcus no sabe cuánto tiempo siguieron buscándola, ni cuánto hacía que los humanos se habían ido. Sólo salió de su escondite cuando estuvo totalmente segura que el salón estaba vacío y ya era de noche. Allí se percató que en el periplo había perdido las 2 patas posteriores y los tarsos de su pata delantera derecha, lo cual significaba que no podría tejer una telaraña digna por lo menos hasta después de la próxima muda.

Cuando subió con mucha dificultad a su rincón se encontró con otra desagradable sorpresa, solamente quedaban restos de su telaraña

-Seguramente mientras me escondía los humanos la destrozaron- pensó resignada.

En los próximos días Pholcus miraba desconsolada y desde el rincón más alto del techo, cómo los humanos continuaban con sus conductas diarias como si nada hubiera pasado. También vio que cada vez había más mosquitos manchados dando vueltas, sin que ellas ni las otras arañas del techo pudieran atraparlos, pues ella no podía construir una nueva telaraña y cada vez que alguna vecina lo hacía a primera hora de la mañana la destruían.

Pholcus ya dudaba de todo aquello que parecía una verdad axiomática. Los humanos no eran tan inteligentes y evidentemente eran agresivos por naturaleza...

-o tal vez fui yo que me precipité y no busqué la forma adecuada de comunicarme- pensó

Con el correr de los días su innata curiosidad la llevó a mirarlos nuevamente mientras estaban en el salón. Pudo ver que los mosquitos comunes y los manchados los picaban frecuentemente y se percató que algunos de los menores, en los dos grupos, dejaron de

venir. Eso la hizo pensar que tal vez la picadura de esos mosquitos les podía causar más daño que la de los mosquitos comunes que habitualmente se alimentaban de su sangre. Ese era un hecho muy interesante que podría develar el por qué les tenían tanto temor.

-Qué tontos!!!- exclamó Pholcus – se ve que los humanos no han incursionado aún en un verdadero conocimiento de la naturaleza que los rodea y el miedo les ciega- prosiguió.

Conocer el daño que les causan los mosquitos raros sería muy útil para continuar sus estudios e intentar demostrarles a los humanos lo interdependientes que somos, aunque pasaría mucho tiempo antes que Pholcus se animara nuevamente a desarrollar un plan para comunicarse con ellos.